

LA CULTURA FILOSOFICA DE VICENTE FIDEL LOPEZ*

Diego F. Pró

I. Lineamientos biobibliográficos

De todos los hombres de la generación de 1837, Vicente Fidel López fue el que tuvo la educación más completa y orgánica. No obtuvo su educación exclusivamente de las escuelas y universidades. Buena parte de ella provenía de su casa paterna. Pertenecía a una familia importante de Buenos Aires. Hijo del autor del Himno Nacional, don Vicente López, y de doña Lucía Petrona Riera, había nacido nuestro personaje el 24 de abril de 1815. Se educó en un hogar donde confluían todos los acontecimientos históricos del país, sea en forma directa por la actuación de su padre y la de sus amigos, sea indirecta a través de las noticias y referencias que llegaban a la casa paterna.

Su padre, de formación humanista y en ciencias naturales, dirigió a su hijo durante largos años y señaló la orientación

* DISERTACIÓN PRONUNCIADA EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES DE MENDOZA, EL 21 DE NOVIEMBRE DE 1992.

de su educación humanista no sólo en sus primeros tramos de índole elemental a través de maestros particulares, sino más tarde en el interregno de la adolescencia y muy luego en el Departamento Introdutorio de la Universidad y en sus estudios de Derecho. Para continuar apoyándola con paternal preocupación durante los años de la residencia de su hijo en Chile. ¡Actitud ejemplar en ambos que hace florecer las virtudes hispano-criollas de los hogares de la Vieja Patria! En don Vicente por su constante y paternal celo en guiar con sabiduría y prudencia los años de la formación del joven, y éste por su porfiada y tesonera fidelidad a sus propias ideas políticas que le llevaron a alejarse de las ventajas que le daba un hogar ilustre.

Con Mitre, que ya pertenece a la generación siguiente por edad y formación, fue Vicente Fidel López la figura más humanista de su época, aunque pongamos a su lado a Juan María Gutiérrez. Fue el más humanista porque, además de su formación clásica en las letras antiguas y romántica en las europeas, siempre alentó en él el afán de comprender los acontecimientos humanos en su variedad y universalidad y particularmente los históricos, vistos a la luz de la filosofía histórica y de la historia filosófica. Tales rasgos de su espíritu estaban acompañados por sus dotes literarias y apasionamiento de su carácter.

Si se deja de lado a Sarmiento, que fue un francotirador en la generación de 1837, López es el escritor que más llegó a las gentes con su espíritu elegante y delicado. Fue el que escribió mejor, si por ello entendemos no el dominio de la sintaxis y la esencia del idioma, sino el que narra con más animación, con más colorido, al que plasma y crea expresiones nuevas en la lengua. Llevó a su estilo formas familiares y de lenguaje coloquial, que no se encuentran en los demás escritores de su tiempo, con excepción de Sarmiento. A medida que López fue envejeciendo, su estilo se rebajó, acaso porque iba perdiendo el vigor de su pensamiento.

Podemos conocer, en parte, la vida de Vicente Fidel López siguiendo su *Autobiografía*. Es obra de estilo elegante y vital. Fue escrita en 1896, a la edad de 81 años. Es la última obra que escribió, sin terminarla, o por lo menos sin dar a conocer los años que van más allá de 1840, pues las páginas siguientes las arrojó al fuego. Parte de sus recuerdos infantiles, de adolescencia y comienzos de juventud llegan hasta el año mencionado, en que se marcha a Córdoba, ya abogado, a fundar una filial de la "Asociación de la Joven Generación Argentina". Participa en política en aquella ciudad, funda un periódico que llamó "El Estandarte", y en 1841 lo encontramos exiliado en Chile, hasta la caída de Rosas.

Cuenta López en su *Autobiografía* su vida de niño, adolescente y joven. Cuando tiene seis años le ponen un maestro catalán: don José Santabar. Su padre, don Vicente, se oponía a que lo recargase de conocimientos. Además de letras y los elementos de matemática, le enseñaba el catecismo y lo llevaba a misa. En 1825 concurre al colegio de don Pío de Cabezón, educador que pertenecía a una antigua familia de maestros¹. Estudia lengua y literatura latina, particularmente Ovidio y Virgilio. Su profesor fue don Mariano Guerra, recordado también por Alberdi en su correspondencia con Miguel Cané (padre). Dió examen en 1828 y obtuvo buenas notas

Por las clases del Departamento Introdutorio de la Universidad solía aparecer Rivera Indarte, vendiendo un periódico manuscrito suyo, lleno de insultos a profesores y estudiantes. Tendría entonces 16 o 18 años y cuando los injuriados lo atrapaban lo molían a palos y moquetes. López juzga a sí a Rivera Indarte: "Desde entonces este Rivera Indarte -un canalla, cobarde.. husmeante y humilde en apariencia, como un ratón cuya cueva nadie sabía-, tenía mucho talento y un alma de lo más vil que pueda imaginarse. El retrato que Saldía hace de él es exacto"². A quien Rivera Indarte respetó siempre fue a don Diego Alcorta.

En 1829 viaja López a Montevideo. Dos días después

de su examen de latinidad llegó, nos dice, la funesta noticia del fusilamiento de Dorrego. Su padre, que era de ideas federales, se entristeció mucho al ver la situación de Buenos Aires, y, en marzo de 1829, se trasladó a Montevideo. En 1830 vuelven ambos a Buenos Aires y el muchacho inicia sus estudios de Filosofía con don Diego Alcorta, "el inolvidable Doctor don Diego Alcorta". Allí, en el Departamento Introductorio de la Universidad conoció y trabó amistad permanente con Jacinto Rodríguez Peña, Carlos Tejedor, Félix Frías, Miguel Estévez Sagú y muchos otros. Comenzaba así, tras sus estudios clásicos, la formación filosófica de su propia personalidad.

Las ideas filosóficas de don Diego Alcorta, el maestro de Vicente Fidel López, se pueden estudiar en *Origen y desarrollo de las instrucción pública en Buenos Aires*, de Juan María Gutiérrez. También en *Estudios históricos* y en la *Revista de la Biblioteca*, uno de los *Anales de la Biblioteca* (1902) que trae el *Curso de Filosofía* de Diego Alcorta, precedido de un largo estudio de Groussac. También se puede consultar las *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, de Alejandro Korn; *Evolución de las ideas argentinas*, de José Ingenieros y *La filosofía en la Argentina* de Juan Carlos Torchia Estrada.

Importa a nuestro interés la semblanza que de Alcorta traza López: "Su curso de filosofía se basaba en el sistema de Condillac y sobre el aforismo atribuido a Aristóteles: "Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu". Se separaba de Condillac en cuanto al método de ir dando vida a cada sentido de la "estatua". El doctor Alcorta tomaba el organismo corporal vivo, en vez de la estatua de Condillac; y como era un anatomista y médico distinguido, trazaba en su curso una exposición compendiada del organismo humano; estudiaba en concreto las tres cavidades y sus fenómenos funcionales en lo que hace al mecanismo de *alimentación*, al de la *circulación*, al *centro nervioso* y sus ramificaciones; y a cada uno de los sentidos, las puertas de entrada y salida de las ideas.

Suma López algunas precisiones más acerca de la

enseñanza de su maestro de filosofía "Esta primera parte de su curso constituía su *Metafísica o psicología* o mejor dicho, la base de esas ciencias, que se ramificaba con otras exploraciones sobre las ideas innatas, deductivas o, inductivas. Seguía su *Ética o Moral*, basada sobre el libre albedrío, y los fenómenos morales y algunas de sus escuelas, sobre todo Descartes y Bacon, concentrado y puesto a nuestro alcance. En el 2º año estudiábamos la retórica de Blair, y un poco de historia literaria o crítica tomadas de los tomos subsiguientes de ese autor". Escuchémosle un momento más. "El doctor Alcorta hacía en su curso una exposición muy clara de las *facultades del alma*, dividiéndolas en tres series: la *atención*, como la facultad *absorbente*, con sus ramificaciones de la ligazón (asociación) de las ideas y de la memoria; la *razón* como facultad *abstrayente*, con las suyas, y la *voluntad*, como facultad de movimiento y acción, base y arranque del tratado de la *Moral*, que cerraba el primer curso" Bien se advierte, que sobre el fondo de su formación humanística clásica en los autores antiguos, se asienta por estos años de la adolescencia y juventud la influencia de la filosofía sensista de Condillac, precursor de la ideología francesa, de tanta repercusión en Buenos Aires durante la gestión de Rivadavia y los rivadavianos

Esta segunda franja de influencias y elementos formativos de su educación filosófica es notable en la *Autobiografía* de López. Transcribimos: "No sé si era por inclinación natural o por el prestigio del maestro, el hecho es que yo me fanaticé de tal modo por esta materia, que se vino a connaturalizar con el mundo de todas mis ideas". Y añade "Y como contraprueba referiré que, conversando en Chile con Alberdi sobre nuestros primeros estudios (Alberdi había sido del primer curso o bienio, de Alcorta, yo del segundo), me decía: '¡Qué enseñanza aquella de don Diego! ¡Qué sentido práctico! ¡Qué sensatez para mantenerse en el terreno de lo inteligible y de lo útil! ¡y qué fuerza de influjo para darle a nuestras mentes la forma en

que él concebía lo que enseñaba!". El padre de López, don Vicente López y Planes, adoraba al joven doctor Alcorta, que por entonces contaba con 27 años. Había nacido en 1802 y desaparece en 1842, durante el gobierno de Rosas.

En 1832, nuestro biografiado estudia matemática, pero sin éxito por falta de disposición natural. Fue su profesor don Saturnino Salas, oriundo de San Juan. Estudió física con Octavio Fabricio Massotti, un sabio europeo y uno de los astrónomos más estimados de su tiempo. Rosas cerró sus clases y el gobierno inglés le encargó el Observatorio de la isla de Corfú, que por aquellos años era de primera importancia.

A los elementos formativos asentados, hay que agregar otra franja de mayor importancia: los elementos románticos. La revolución de 1830 en Francia, que sacudió sus bases políticas y puso en el gobierno a Luis Felipe de Orleans, produjo en Buenos Aires una entrada torrencial de libros de Cousin, Villemain, Quinet, Michelet, Jules Lanin, Marimée, Nisard, etc. En lo literario se difundieron las obras de Víctor Hugo, Sainte-Beuve, Dumas, George Sand y otros. La *Revue de Paris*, que reflejaba todo lo nuevo de las letras francesas era leída por López y los jóvenes de su generación.

Por aquellos años (1832), Rosas terminaba en Buenos Aires su primer período gubernativo. El general Balcarce era el nuevo gobernador. Aunque éste emergía de la política Rosas, era más sereno y benevolente con las nuevas ideas.

Además de las lecturas de las obras de la biblioteca paterna, López consultaba la de la biblioteca de Santiago Viola, que había heredado una gran fortuna y hacía venir todas las novedades francesas. Don Vicente López y Planes miraba un poco de reojo esta admiración excesiva hacia la cultura gálica más reciente, de que participaba su hijo y los jóvenes de su época. A propósito de Viola, nos dice López en su *Autobiografía*: "Tenía talento, pero era un *amateur* y flamante en todo: en modas, en caballos, en amores, en teatro, etc., etc. En su vivacidad también se preocupó por el movimiento literario: para

él eso fue una moda elegante como las demás: Al sentir nuestro movimiento, continúa López, empleó 20.000 o 25.000 francos de su fortuna en mandar a venir todos los libros de fama corriente en París, franceses, alemanes, italianos. Y una colección de retratos litográficos de los autores en boga". Por aquellos años a Alberdi le daba por la frenología, muestras de la cual se encuentran en sus obras juveniles.

López entra a formar parte, en 1832, de la "Asociación de estudios históricos", conjuntamente con el viejo Miguel Cané. Para el estudio de la misma se puede consultar el tomo IV de la *Historia de las ideas estéticas en la literatura argentina*, de Jorge Max Rohde³.

Inicia sus estudios de derecho en 1834 y se recibe de abogado en 1837, con el Dr. Valentín Alsina, quien mas tarde dirá que la civilización había que imponerla a palos. En el mismo año de su egreso (1837) es designado López secretario de la Academia de Jurisprudencia, con el grado de doctor y bachiller en derecho. Por esa época dirigía la imprenta oficial Pedro de Angelis y enseñaba en la Universidad Dalmacio Vélez Sarsfield.

Ese mismo año de 1837, Marcos Sastre funda en la trastienda de su librería el Salón Literario, que fue muy importante. Sastre era uruguayo y vivió muchos años en la Argentina. Autor de *Temple Argentino*, uno de los libros más populares de la literatura rioplatense. Instaló el Salón en la calle Victoria. Por él pasaron Gutiérrez, Echeverría, Alberdi, Thompson, algunos alemanes (Federico von Schenstein), algunos ingleses (Mr. Hughes). Hablaban de Goethe, Schiller, Jean Paul, los hermanos Schlegel. En la inauguración del Salón se pronunciaron cuatro discursos: de Sastre, Alberdi, Gutiérrez y Echeverría. El mejor fue el de Gutiérrez. Todos coinciden en el fondo historicista romántico de esa generación. Presidió la reunión don Vicente López y Planes. Su presencia entre los muchachos le valió la reprimenda de don Juan Manuel. El Salón estuvo muy activo durante 1837 y parte de 1838. Allí

Vicente Fidel conoció a Echeverría y formó amistad con él. Era bastante mayor que López, pues había nacido en 1805, y tenía el prestigio literario. Algunos datos ayudan a situar a estos hombres en el tiempo: Echeverría, 1805; Alberdi, 1810; Sarmiento, 1811; López, 1815; Mitre, 1821. Leían y comentaban las novedades literarias; o conversaban y discutían de noche. Leyeron el célebre *Prefacio a Cromwell* de Hugo; *Palabras de un creyente*, de Lamennais; los discursos parlamentarios de Guizot; Thiers, Berenger, Lerminier, Leroux y Sainte Beuve. Echeverría leyó tres cantos de *La Cautiva*. Como en el Salón se comenzaron a estudiar cuestiones de filosofía política y Sastre recibía advertencias amenazadoras de la policía, resolvió clausurar el Salón y rematar la librería. Al cerrarse el Salón, algunos de sus miembros dispusieron fundar la "Asociación de la Joven Generación Argentina" en julio de 1838, una sociedad secreta para luchar por el restablecimiento de las ideas de Mayo.

En el interregno entre la fundación del Salón y la de la "Asociación de la Joven Generación Argentina", esto es, entre 1837 y 1838, el doctor Alcorta le entrega a López la clase de filosofía y retórica. Cursaban en ella F. Pinedo, Vera, Irigoyen, J.M. Bosch, L. Sáenz Peña, Rufino Elizalde, Exequiel Ramos Mejía, Mármol, Daniel Guido y unos veinte más. A fines de aquel año, visitó Alcorta la clase y la examinó. Felicitó al novel profesor de filosofía.

En 1839 la situación de López en Buenos Aires se torna insostenible, a pesar de que su padre era federal y que trataba continuamente de suavizar y morigerar las actitudes políticas de su hijo. El 27 de enero de 1840 parte hacia Córdoba, donde funda una filial de la Asociación. En 1841 lo encontramos en Chile.

Hay que seguir a López en Chile por medio del libro de José Victorino Lastarria *Recuerdos Literarios* (1842). No fue uno de los tantos emigrados argentinos, sino una personalidad con rica formación literaria, jurídica y filosófica, que ejerció una profunda influencia en la juventud chilena. Así lo reconoce

Francisco Bilbao sobre quien recayó la acción benéfica de López. Lastarria lo retrata así: "Era un joven de veinte y cinco años, hijo de la revolución, que en su fisonomía árabe y en sus ardientes ojos negros revelaba la seriedad de su carácter, la fineza de sus convicciones y la energía de sus pasiones. Dotado de un espíritu eminentemente filosófico e investigador, había hecho vastas lecturas, y se inclinaba siempre a contemplar la razón de los hechos, de los sucesos y de los principios despreciando las formas y las exterioridades. Pero su ilustración política y literaria no estaba dominada aún por un criterio fijo, que diera claridad a sus juicios y a su expresión, y ese era entonces el achaque general de todos los escritores progresistas, porque las nuevas ideas no entraban todavía en una evolución científica, en las naciones del antiguo régimen en Europa y en América"⁴.

Por estos años de su vida en Chile, se prolonga la influencia paterna, ahora atemperada por la distancia, pero se hacía sentir a través de la correspondencia familiar, como lo muestra Ricardo Piccirilli en su libro *Los López Una dinastía intelectual*⁵. En el Archivo Nacional existe una abundante correspondencia de Vicente López y Planes con su hijo, desde la carta de despedida cuando este se ausenta a Córdoba, fechada en Buenos Aires el 25 de febrero de 1840, hasta las que le dirige a Paraná en los días extremos de 1854 cuando Vicente Fidel era Ministro de Instrucción Pública de Urquiza, después de haber sido Ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, en 1852, durante la gobernación de su padre. Nutren esta correspondencia, estudiada por Margarita Hualde de Pérez Guilhou, en su trabajo "Vicente F. López, político e historiador"⁶, comentarios sobre filosofía, libros, estudios, política, consejos exhortativos, respuestas a consultas jurídicas planeadas por su hijo, noticias familiares envío de libros y de dinero. ¡A veces el amor paterno se muestra quejoso de la reticencia filial! Hay que convenir en esa doble vertiente entre la misión educadora de don Vicente que sentía sin término ni

distancias, y las hondas convicciones personales de un hijo tan consecuente consigo mismo.

Por lo que a estas páginas importa, cabe apuntar que la influencia paterna se prolonga mucho más allá del neoclasicismo de los años de aprendizaje, del sensismo espiritualista de Alcorta y de las nuevas tendencias del historicismo romántico. Un estudio detenido de dicha correspondencia podría mostrar el entrecruzamiento de muchos otros elementos formativos, jurídicos, literarios, ¡hasta meteorológicos!

Como queda dicho, se establece López en Valparaíso en 1841 y funda la *Revista de Valparaíso*. El periódico tuvo vida precaria. Se dedica entonces a colaborar en *La Gaceta del Comercio*. Como señala Raúl Orgaz en su estudio de *Vicente F. López y la filosofía de la historia*, el año 1845 es esencialmente fecundo para los argentinos radicados en Chile, entre ellos López y Sarmiento. El primero da a conocer en julio de aquel año la *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*; en setiembre publica el *Manual de la Historia de Chile* y en noviembre el *Curso de Bellas Letras*. Por su lado Sarmiento publica *Facundo*.

Situemos bibliográficamente los escritos de de López durante estos años trasandinos. La *Memoria...* no es simplemente una memoria histórica, en su significación frecuente. Es una obra de filosofía de la historia, que revela que su autor posee preparación sistemática y conoce los autores del historicismo romántico: Michelet, Thierry, Macaulay, Carlyle, Thiers, Guizot, y Niebhur, el gran historiador alemán. Estos autores aparecen constantemente citados también en *Debate histórico*, obra aparecida en 1882, que recoge su polémica con Mitre, lo cual señala que los criterios filosóficos durante el arco de tiempo tendido entre aquellas fechas permanecieron los mismos.

El *Manual de la Historia de Chile* concentra las ideas historiográficas de su autor. Concibe a la historia como una historia filosófica, resurrección y reviviscencia del pasado, para

lo cual el historiador tiene que contar con dotes imaginativas y recreativas. La obra está partida en cuatro divisiones. Trata la primera del objeto de la historia, el territorio y las razas primitivas. La segunda se ocupa de la conquista española hasta la situación de Chile en víspera de la Independencia. Versa la tercera parte sobre la Revolución y la cuarta sobre las campañas de San Martín y O'Higgins, la caída de éste, el nombramiento de Freyre en 1823, para el cargo de Director Supremo. Es un *Manual* escolar, adoptado por el Ministerio chileno del ramo, previo informe de la Universidad. El dictamen decía: "La Facultad de Humanidades ha creído que aquella obra merece ser adoptada para la enseñanza del ramo, en los establecimientos nacionales de educación. La recomiendan una gran sencillez de narración, corrección de estilo, método claro y un templado laconismo que le da la extensión que corresponde a una obra de su género"⁷.

El *Curso de Bellas Letras* de López se apoya en las ideas de Hugo Blair, autor inglés que, en aquella época, había escrito el mejor tratado de Estética.

En 1854, después de la caída de Rosas, aparece en Buenos Aires *La novia del hereje*, escrita y publicada en folletín en un periódico de Chile en 1846. En 1896 da a conocer *La loca de la guardia*, cuya acción se inspira en la guerra exterior y en la propaganda llevada a Chile por San Martín. La heroína está concebida según el gusto romántico: es presa de locura, lleva vestidos rotos y ostenta en la diestra una calavera.

Miguel Cané opinaba que Vicente F. López estaba naturalmente inclinado hacia la novelística. Decía así: "Los que habéis leído *La novia del hereje* os habéis dado cuenta de que López estaba llamado a dar cuerpo a nuestra tradición legendaria y a imprimir en el espíritu del pueblo la epopeya argentina, por medio del romance y la novela. Sólo nos ha quedado una página de lo que pudo ser el libro de los episodios: *La loca de la guardia*". Pensamos que la vocación de López era la del historiador, a pesar de las fallas que se pueden encontrar en su

labor como tal. Lo que ocurre es que su teoría historiográfica y su filosofía de la historia., lo acercaban mucho a las letras y a la reconstrucción imaginativa del pasado. Y por aquí se podía llegar a la novela histórica. Es indudable su sentido dramático de la historia, su capacidad para el retrato de los personajes, la reviviscencia y reconstrucción de la acción histórica y su lenguaje cálido, pintoresco y viviente.

Cuando Urquiza designa a Vicente López y Planes gobernador de Buenos Aires en 1852, éste nombra a su hijo ministro de gobierno porque conoce sus aptitudes para desempeñarse brillantemente. Es así que tuvo actuación destacada frente a Vélez Sarsfield y a Mitre, que se oponían a la política del vencedor de Caseros. Vicente F. López consiguió que la Legislatura reconociera, en el clima hostil de localistas y porteñistas, el tratado de San Nicolás.

En 1868 publica nuestro autor una obra en colaboración con el joven sabio francés Masperó: *Las Races aryennes du Pérou*. Tratan de probar el origen ario de la raza indígena. La obra carece de valor científico, pues su tesis no ha sido aceptada por la Etnología.

Desde 1871 hasta 1878 escribe y dirige la *Revista del Río de la Plata*, prestigiosa publicación mensual de la historia literaria americana (XIII tomos). En 1882 mantiene una polémica con Mitre, de la cual nace su obra *Debate histórico*. Al año siguiente escribe su *Historia de la República Argentina*. En 1885 da a conocer *La Gran Semana de Mayo*. Es una obra de estilo elegante, apasionado, con muy buenos relatos de personajes, de lenguaje claro y culto. En ella se puede rastrear las ideas historiográficas y la filosofía de la historia de López. A su obra el autor la llama crónica. Presenta rasgos de ficción. Finge estar en posesión de un manojito de cartas, dejadas por Marcelina Orma, que había sido esclava del presbítero don Mariano Orma. López atribuye dichas cartas a personajes que actuaron durante la semana de Mayo. Narra la revolución desde adentro, como espectador y como actor, desde el punto

de vista de las gentes que la hicieron y la vivieron. Este carácter inmediato y concreto le confiere un aspecto vivaz, ágil, atractivo. Presenta el estado de ánimo de los habitantes de la ciudad, nacionales y extranjeros, frente a los acontecimientos. Es una de las obras más valiosas de la prosa argentina. Quizá el mejor elogio que se pueda hacer de estas cartas, desde el punto de vista literario, es que arrastran al lector en la trama de los acontecimientos.

En 1896, da López su *Autobiografía*. Tuvo alguna actuación en los hechos del '90. Fue Ministro de Hacienda de Pellegrini. Su actuación en la Unión Cívica se puede estudiar en el libro del Dr. Juan Balestra *El Noventa: una evolución política argentina* (1934). Muere Vicente Fidel López el 30 de Agosto de 1903.

II. Teoría historiográfica

1. *La historiografía romántica*

Como queda asentado en los lineamientos biobibliográficos, los elementos formativos de la personalidad del historiador argentino tienen tres raíces: la formación clásica, o si se quiere neoclásica, el sensismo espiritualista o "ideología" y el historicismo romántico. La primera le viene de su hogar paterno, donde se respiraba el aire de la cultura latina. Su maestro Santabar, según dijimos, le dio a estudiar *El Plutarco de la juventud*. Sobrevienen después los ejercicios de latinidades, que hacen que el muchacho conozca hacia 1828 bastante bien la literatura latina. Esta formación en autores antiguos explican la predilección de López por ciertos autores clásicos de la historiografía, tales como Tucídides y Tácito, que son mencionados en obras de sus altos años, como en *Debate histórico* (1882).

La segunda raíz que alimenta la formación de la personalidad de López es la enseñanza filosófica de don Diego

Alcorta en el Departamento Preparatorio de la Universidad de Buenos Aires. Había llegado este maestro a la filosofía por el camino de la medicina. Su enseñanza se basaba en Condillac, Destutt de Tracy y Cabanis. Su sensismo es espiritualista, pues sostiene la libertad del hombre y la existencia del orden moral. Las influencias de estas ideas sobre López y sus compañeros de generación fueron extensas y dilatadas. Algunos críticos se han equivocado en su calificación. El Dr. Rómulo Carbia en su *Historia crítica de la historiografía argentina* (cap. V) las califica de "volterianas". Lo que sí se puede decir es que se trata de la "Ideología" francesa, asimilada y digerida, lo mismo que su formación clásica, y fundida con el historicismo romántico de sus años de juventud y madurez, que se prolonga hasta sus años de la vejez. López hablará siempre de las leyes eternas del Derecho y la Moral, de las leyes de la sana razón, aunque su realización histórica sea temporal e histórica. Son las ideas de Echeverría, Alberdi, Sarmiento, los hombres de la "Asociación de la Joven Generación Argentina".

La tercera raíz de la formación de nuestro autor son los grandes historiadores del romanticismo y los filósofos del historicismo romántico. Se ha dicho del siglo XIX con toda justicia que es el "siglo de la historia". Entre los grandes historiadores franceses que contribuyen a la formación de López hay que mencionar a Agustín Thierry (1795-1856), a quien menciona en su *Curso de Bellas Letras* (1845) como jefe de la escuela narrativa y pintoresca de la historia. Con los años, hasta llegar al *Debate histórico* (1882) la influencia y preferencia por este historiador es cada vez más fuerte. Thierry es autor de la *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos* (1825) y los *Relatos de los tiempos merovingios* (1840). Fue el historiador de más prestigio en su tiempo. Introduce el conflicto de las razas en su explicación y teoría historiográfica, confiriéndole el valor de ley histórica para explicar la evolución del pueblo inglés. Otro principio es su convicción de la intervención positiva de la Providencia en los

asuntos humanos. Su método de investigación se apoya en los documentos, aunque se le ha criticado la falta de control crítico. Busca el interés dramático de la narración y la perfección literaria del estilo. No se atiene a la continuidad del curso de la historia y prefiere la presentación de grandes cuadros en los que resplandece la belleza literaria del estilo del escritor. Para Thierry la historia es la reviviscencia artística del pasado. Muchos de estos rasgos los encontramos en la producción historiográfica de López.

Junto a la influencia de Thierry hay que mencionar en López la de Adolfo Thiers (1797-1877). Es de la misma escuela que el historiador recién nombrado. Cultiva sobre todo la historia política y narrativa, con evocación de grandes escenas históricas. En 1840 comenzó a publicar su célebre *Historia del Consulado y del Imperio*. Recomienda López en su Curso de Bellas Letras la lectura de aquella obra a los jóvenes.

Jules Michelet (1798-1874) es un historiador admirado por Vicente F. López. La reviviscencia del pasado, con fuerte dosis de sensibilidad e imaginación, es peculiaridad en este historiador francés. Son rasgos que hemos encontrado en Thierry; en Michelet están más pronunciados debido a su cultura casi enciclopédica y a la vez intensa, además, naturalmente, de su genialidad. Publicó en 1829 su *Compendio de Historia Moderna; Historia de Francia* (1833-1867) e *Historia de la Revolución Francesa* (1847-53). En su *Historia romana* (1831) agrega a las teorías de Niebuhr, el gran historiador alemán, sus propias búsquedas. Su método intuitivo da por conocido los hechos que interpreta. Trabaja con documentos de los archivos, su talento imaginativo y la exhuberancia lírica impregnaban sus obras de carácter literario y artístico. Con Quinet y Mickiewicz integró el famoso triunvirato liberal de la política francesa de su época.

Frecuentó López las obras de François Guizot (1787-1874). El método de éste es político y clasificatorio. Busca la interpretación política y social de la historia. La historia de

Francia es la lucha entre dos conglomerados sociales, que terminan por resolverse en dos clase sociales, cuya lucha explica la Revolución Francesa. Algunos críticos le consideran un antecesor de Marx, pero hay que observar que su interpretación no la convierte en una ley para interpretar la historia universal. Su obra principal es la *Historia de la Revolución de Inglaterra* (1826-56), en que afirma le tesis de que este país sostiene una historia política del justo medio. En materia política Guizot buscaba el equilibrio social con su ideal inglés de perfeccionamiento constitucional. En su libro *Historia de la civilización en Europa* (1828) sostiene que la unidad social es el "hombre-sociedad", que explica los hechos sociales de la historia. Este concepto es retomado por López en su *Memoria...* Rómulo Carbia considera que Guizot es el "modelo básico" del historiador argentino.

A quien Vicente F, López no acepta es al historiador inglés Thomas Carlyle (1795-1881). En *Debate histórico* hasta niega que sea historiador. Las obras del romántico Carlyle, según el escritor argentino, responden a dos modelos distintos. Transcribimos. "En el primero, sus monografías de *Cromwell* y de *Federico II* son dos trasuntos acabados, en los que su estilo - como una linterna mágica - hace pasar maravillosamente por el foco de luz, vivos y animados los hombres y los grupos. Con la sagacidad de un artista consumado, ha recogido allí las líneas y el plano de esos dos cuadros, a lo estrictamente biográfico, individualizándolo con fineza, para tocar apenas las fronteras de Las Historia general. De esta manera ha pintado sus telas haciendo destacar en el primer plano los dos retratos que se proponía hacer, y se ha servido de las formas literarias como de pincel y paleta, sin más filosofía que la energía deslumbradora del colorido y el dibujo"⁸ Aquí Carlyle tiene éxito, aunque se queda en el aspecto biográfico y en los límites de la historia general

Cuando el historiador inglés se propone dar una gran escena o conjunto histórico, fracasa a juicio de López Escu-

chémosle: "En sus estudios de la Revolución Francesa, Carlyle destrozaba la generalización social de los sucesos: hace a un lado el influjo eventual de los movimientos y de las peripecias que nacen de lo imprevisto; prescinde de las circunstancias creadas por las pasiones de conjunto y por las intrigas de las ambiciones anónimas que pululan en el subsuelo revolucionario; no se preocupa de las reacciones impersonales ni de los intereses latentes de orden secundario que forman la gravitación moral de todo pueblo convulsionado; es humorístico y extravagante también por derecho propio; y todos los elementos conque un espíritu correcto y artista clásico, como Macaulay, o como Taine, podrían valerse para hacer la historia. Carlyle prefiere el retrato a tinta, con el gesto histórico y el ademán teatral que su persona hizo en alguno de los pasajes supremos de su acción histórica: lo idealiza como se idealiza un tipo legendario; prescinde del hombre natural en sus movimientos ordinarios, del hombre real, como de una figura poco notable para las luces fantásticas de su cuadro. Es un dramaturgo, un poeta épico, mas que un historiador, y no creemos que forme jamás escuela verdaderamente histórica, a pesar de las excepciones y del estilo"⁹. Si bien López admira los valores literarios de Carlyle, estima que ellos no bastan para la investigación histórica.

Entre los historiadores alemanes de la época romántica, López prefiere a G.B. Niebuhr (1776-1831). Sus tempranas lecturas de este autor parecen haber despertado la vocación por las investigaciones históricas. En 1832, según queda dicho, funda la "Asociación de estudios históricos" con otros amigos. La fama de Niebuhr como historiador proviene de su *Historia Romana*, publicada entre 1812 y 1832. Es el primero que indaga con espíritu científico la historia de Roma. Se apoya en la arqueología y da especial importancia a los aspectos étnicos y socio-institucionales. Su nombre pasa con frecuencia por las páginas de la *Memoria...*, el *Tratado de Derecho Romano* y el *Debate histórico*.

En nuestro autor las influencias de los grandes historiadores del romanticismo francés, alemán e inglés, cuya presencia reconoce el propio López en sus libros, no puede ser olvidada por la crítica y la historia de las ideas. Pero con igual energía hay que destacar la personalidad del historiador argentino, que no se puede reducir a tales influencias. Ellas aparecen asimiladas y asumidas en síntesis que las trascienden. Hay unidad sintética y creadora en las obras de López, en las que intervienen elementos de su formación clásica, otros de su formación racionalista y sensista espiritualista y de los grandes historiadores románticos de la época. Esa síntesis espiritual no se la puede reducir a ninguno de los elementos que la componen. La reducción analítica hace perder de vista la originalidad del conjunto. Y se comprende. Si bien López se nutrió de teorías historiográficas de la Europa de su tiempo, no hay que olvidar su formación personal, que se realizó primero en Buenos Aires, después Santiago de Chile, Uruguay y Brasil, para culminar en la Argentina, en una época en que aún se sentía fuertemente la realidad hispanoamericana y sus problemas, entre los que estaban el por qué y el para qué de la vida política de los pueblos. De modo que por la materia de su estudios, tampoco se puede "explicar" a López en función de la historiografía europea.

2. La historia argentina como historia política

Para López la historiografía argentina tiene que ser fundamentalmente historiografía política. Ello es así por razones de hecho y por razones filosóficas. Por razones de hecho porque el pueblo argentino tiene casi exclusivamente historia política, la de un pueblo que se separa de la situación de colonia y vasallaje de España para entrar a la posesión de su vida propia, de su vida política y jurídica como pueblo independiente. "... La historia argentina es única y exclusivamente *historia política*, y nada más que política, a tales términos que no

tenemos todavía ni historia literaria siquiera; porque la producción de la actividad mental entre nosotros, desde la colonización hasta el presente, no ha tenido ni podido tener otro terreno de acción que el desarrollo de la sociedad administrativa"¹⁰. Posee López visión europeísta del origen del pueblo argentino y de su cultura y civilización. Somos inmigrantes de Europa. Para fijar una fecha, desde los días de Mendoza y Garay en 1536. No hay continuidad entre la realidad indígena antes de aquella fecha y lo que viene después por obra de España. Se ha producido una ruptura un hito. Tiene el autor la visión pampeana del problema. Nos dice. "Nuestras ciudades se alzan al ras de la tierra. No hay por debajo sino la greda y la tosca pampeana; no hay Troyas, Ylimus, Pompeyas, Herculanium, Nínives ni Tebas de las cien puertas, ni Romas Quadratas, en donde hayan habitado y prosperado los antepasados de nuestra raza y de nuestra tradición. "La historiografía argentina no puede tener carácter arqueológico, erudito o conjetural, como acontece en los países europeos. Aquí todo es reciente y los magros y contados documentos de nuestra historia civil pierden completamente su importancia frente a la tradición viva, que está en la conciencia pública de los hechos acontecidos"

Insiste Vicente F. López en que la historia argentina es historia política. E historia política es desenvolvimiento racional, que ha pasado por la experiencia y el testimonio de varias generaciones. Se ha vuelto conocimiento, tradición y autoconciencia en ellas. La sucesión de los acontecimientos no es caótica, responde a un orden, por lo pronto el de la sucesión temporal; se presentan agrupados y clasificados. Hay acontecimientos más importantes que otros, que tienen la virtud de concentrar a los demás, nucleándolos.

No son sólo razones de hecho las que hacen que la historiografía argentina sea básicamente historia política. Hay también razones filosóficas. Con la historiografía romántica, López sostiene que el desarrollo de la civilización humana está

orientada por una ley interna y providencial, que la hace progresar y revela la perfectibilidad del hombre. La meta de este desarrollo progresivo es la libertad cada vez más plena de los pueblos y de los hombres, de la razón y el derecho. Esa les se desarrolla desde los pueblos de Oriente hacia los de Occidente: Grecia, Roma, la Cristiandad, la Revolución Francesa. Siguiendo el principio que preside el desenvolvimiento de la civilización humana, el pueblo argentino entra en la historia universal como realidad política nueva, local universal a la vez, sagrada porque las naciones son de origen divino. De allí que la historiografía del país no sea principalmente propia en las letras, las artes, las ciencias, la filosofía, la teología. De momento somos ante todo realidad política en el concierto universal y cumplimos, según sesgos locales, la ley que preside el desarrollo de la humanidad.

3. Teoría historiográfica

La teoría historiográfica de Vicente F. López se mantiene en sus líneas principales desde la aparición del *Curso de Bellas Letras* y la *Memoria...*, ambas de 1845, hasta el *Debate histórico* (1882). En el *Curso* dice que la historiografía es "una relación reducida de tales formas, a tal plan y a tal destino, que quedan como en relieve los acontecimientos que sean fundamentales según la manera de ver del historiador y agrupados alrededor de éstos, con orden y colorido; y todos los demás sucesos que sean oportunos para hacer conocer el germen o los resultados de esos acontecimientos fundamentales". En la *Memoria...* ofrece varias definiciones. Una tiene carácter dieciochesco y de la ilustración: "Es la lucha recíproca que sostienen los que quieren detener el progreso con los que quieren desatar los lazos que le impiden volar, sin obstáculo, sobre las alas de la libertad"¹¹. Desde el ángulo político, la historiografía es "la apreciación de los partidos y de las revo-

luciones que han modificado la condición moral de la humanidad"¹². Una tercera definición pone acento en lo social y lo psicológico: "La historia es... un retrato vivo del hombre obrando socialmente, moviéndose por medio de sus contemporáneos e influyendo en el destino momentáneo de la sociedad... estas acciones nacen de causas complicadas, ocultas en el corazón de cada individuo, en las tenebrosas regiones de su conciencia y en las imperceptibles combinaciones de su razón;... no solamente son los individuos sino masas de hombres las que vienen a influir en tal o cual dirección, con sus opiniones, con sus creencias, con sus ideas... y oprimiendo o destruyendo al mismo tiempo otras opiniones... otras ideas y otras fuerzas..."¹³. Presenta, por último, una interpretación pedagógica de la historiografía. La tarea o misión de ésta es enseñar a los hombres "a vivir con la sociable tolerancia del buen ciudadano, a practicar y defender el bien en toda ocasión" y "a conocer las exigencias del estado y los medios más propios de satisfacerlas"¹⁴.

Así como en la realidad del curso histórico intervienen distintos intereses, pasiones, ideas y tendencias o partidos políticos, que luchan entre sí dando carácter dramático a los acontecimientos históricos, del mismo modo la historiografía no puede ser absolutamente imparcial. Se reproduce en la historiografía la lucha y el drama que se advierte en la realidad histórica. En el *Debate histórico* escribe López a éste propósito: "La historia es siempre obra de partido, porque el que escribe es siempre un hombre que tiene una intención y un interés. Aún aquel que se arma de toda imparcialidad que cabe en el alma de un escritor de elevado y honrado carácter, tiene que juzgar cuando escribe de una lucha, de un pleito, de las pasiones armadas que se han combatido, de los intereses del conjunto que han dividido a un pueblo, de las obras de los unos y los otros, de la *moral* relativa de los autores; y desde luego tiene que juzgar por sí propio, como un juez, con sus opiniones y sus convicciones. Pero, como todos estos elementos de jui-

cio son movibles también con toda su imparcialidad y honradez, no llegará a otra cosa que a decir lo que él opina de los sucesos que narra, según los principios de los que forzosamente está convencido. Otro de la misma honradez, disentirá con su manera de ver; y el criterio histórico estará siempre en la historia del pasado, como el pasado mismo lo estuvo en la lucha de los hechos y en la manera de apreciarlos cuando ese pasado era presente¹⁵. Si esto es así, queda comprometida, por cierto, la objetividad de la verdad historiográfica. Tan legítima o válida es la historiografía de Thiers, como la de Laufrey o la de Taine. Para evaluar la labor de estos historiadores no se ha de tener en cuenta la verdad cuantitativa, sino la verdad cualitativa de la moral, la justicia y la política. Todas tienen un valor relativo, que se funda en el veredicto con que la opinión del mundo civilizado aprecia su paralelismo con el progreso de la moralidad, la justicia y las libertades políticas, que constituyen la razón de las nacionalidades modernas.

Insiste Vicente F. López en el carácter moral y jurídico de la verdad historiográfica, que nada tiene que ver con la exactitud matemática. Esta última mide los acontecimientos necesarios o que ocurren regularmente, que no pueden ser de otro modo que como son. En cambio, la historiografía estudia hechos de la libertad, que pudieron ser de otro modo y en los cuales no hay nada necesario o regular. Escuchémosle una vez más: " La historia social -nos dice en *Debate histórico*- es un fenómeno moral, que no tiene similitud posible con los números ni con la aritmética, y en la geometría no puede concebirse lucha ni conflicto entre factores verdaderos, y el menor altercado, la menor irregularidad, la más ínfima discrepancia, traen la inexactitud y el error, porque el número y la línea no están sujetos a la apreciación moral y progresiva de su propio valor o de su condición práctica. En la historia es todo lo contrario. A nadie le es dado apreciar numéricamente en el presente el valor y la operación de los factores que vienen del pasado y que preparan el porvenir. Su verdad consiste en la lucha y en

el debate. Las causas son fenómenos morales que no tienen nada de seguro ni de estable, como el número y la línea; y por lo mismo que la historia es lucha, o seno insondable de pasiones y de intereses, movimiento incesante y siempre problemático, constituye un orden propio de cosas, que es totalmente ajeno al carácter de una ecuación matemática, y en el que los actores mismos obran impulsados por principios de convención, de debate, de interés, sin poder resolver ni definir el problema final como se resuelven todos los problemas de la geometría o de la aritmética"¹⁶. Si bien la verdad historiográfica no posee la objetividad de la exactitud matemática, no por ello cae López en un nominalismo historicista. Las verdades universales de la Moral y el Derecho se refractan e historizan en el tiempo, se relativizan en el espacio y el tiempo, en la geografía y la historia, pero ellas son patrones y valores inalterables para medir el fondo moral, político y jurídico de los acaeceres históricos y sus personajes. Hay así racionalidad objetiva en el curso de la historia y racionalidad subjetiva en sus protagonistas y actores, así como en los protagonistas que aprecian y juzgan aquellos con criterio moral, político y de justicia.

4. Crónica, memoria, historiografía

En el *Curso de Bellas Letras* afirma Vicente F. López que la tradición ha debido ser la primera manera que los pueblos han tenido de transmitir el recuerdo de los acontecimientos históricos. De este modo la tradición es conocimiento historiográfico y tiene sus caracteres propios, sus ventajas y sus inconvenientes. De dicho *Curso* transcribimos este pasaje ilustrativo: "la tradición, abandonada a la memoria y desprovista, por esto, de formas fijas y durables, pasando por la fantasía de cada narrador y alejándose cada vez más de su origen, debe necesariamente desnaturalizarse al fin, y conver-

tirse en una narración fantástica, en una verdadera poesía, dejando de ser una narración tranquila e inalterable de cada suceso". En su *Debate histórico*, el autor pone énfasis en la importancia de la tradición para el conocimiento de la historiografía argentina. Esta es breve si se la toma como historia política de un pueblo libre. Se consideraba López contemporáneo de la patria, pues había nacido en 1815 y viviría hasta 1903. La tradición del país la hacía remontar hasta la revolución de Mayo y los acontecimientos precursores de la misma. Con la revolución se rompía la cadena de sucesos históricos que venían del pasado, esto es, de España. Aunque su historicismo romántico le llevaba a acentuar la continuidad del curso histórico, su filosofía política y su filosofía de la historia le hacían quebrar dicha continuidad, estableciendo separación tajante entre la historia colonial y la historia independiente.

Tres son los géneros de obras históricas con que se transmiten noticias de los sucesos históricos de un país: la crónica, las memorias y la historiografía propiamente dicha. Tanto en el *Curso de Bellas Letras* como en *Debate histórico* y en la *Memoria...* asienta el concepto de cada una de aquellas. En el primero leemos: "En la crónica es por naturaleza esencial la estructuración de los sucesos, a medida que van pasando por la vista del escritor, día a día, hecho por hecho, y sin otro encadenamiento que su misma producción. Las Memorias son las reviviscencias personales del autor, en cuanto que se han relacionado con su propia vida y con su participación más o menos directa en los hechos que narra, con los personajes que ha tratado, conocido y observado. De modo que así como la crónica es totalmente impersonal, y no tiene más personajes, diremos así que el tiempo mismo va obrando y dictando cada detalle, las memorias son completamente personales, porque en ellas el gran personaje es el escritor, así como su textura literaria que es la presencia, la acción y el influjo de ese personaje en los sucesos que han ligado con su vida y con su actuación social"¹⁷. En el *Curso de Bellas Letras* dice lo mismo

sobre poco más o menos.

Dentro de las corrientes historiográficas, López distingue varias escuelas. En primer lugar, la escuela biográfica, que rastrea en la historia la vida de los hombres notables. Como modelo cita a Plutarco entre los griegos y a Nepote entre los romanos. Sitúa después la escuela de los retóricos, que hacen literatura imitativa y sin energía, sin conciencia de la realidad ni espíritu crítico. Menciona en esta orientación a Tito Livio, Rollin y Millot. La escuela se detiene en los retratos y las fisonomías de las épocas, los pueblos, los partidos o los hombres. Las obras más representativas de esta tendencia son griegas y romanas. Dentro de la escuela llamada filosófica, aparta López las de carácter teológico (Bossuet), metafísico ó fatalista (Herder, Thierry), la filosófica liberal (Michelet, Quinet, Lermnier).

El historicismo romántico entraña en materia política cierta actitud conservadora. Por lo pronto afirma la continuidad del curso histórico y pone énfasis en la importancia del pasado para el presente, como condición del futuro. Había cierto determinismo teleológico en esta escuela, que sus enemigos llamaron "fatalismo" histórico. La historia tiene un movimiento necesario, forzoso, que limita la eficiencia y la libertad del hombre. Herder es buen testimonio de esta tendencia no liberal. Lo propio se puede decir de Hegel, con su idea de la "astucia de la razón" o del espíritu universal, que realiza sus propios designios más allá de los intereses y convicciones individuales de los hombres. Este teleologismo historicista es resistido por la tradición francesa de los historiadores, Quinet, traductor de la obra de Herder *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*; en el prólogo que le antepuso, aboga por un mayor reconocimiento de la libertad del hombre en la historia. Lo propio ocurre con Michelet, que traduce la obra de Vico *La scienza nuova*.

5. Documentación, intuición y crítica

Da gran importancia Vicente F. López a la tradición viva, es decir a la conciencia o conocimiento transmitido de los hechos históricos. La tradición así entendida es, según el historiador, más importante o segura que los documentos, que son señales o huellas de los acontecimientos. Casi siempre entre los sucesos y los documentos hay cierta separación y no se corresponden exactamente. La verdad la sitúa en los hechos transmitidos por la tradición, más que los documentos que, al fin y al cabo, dice, "no es la verdad genuina de los acontecimientos, sino un mero eco de los hechos, que puede ser falaz también, según sea el interés o el propósito que los ha dictado". En el fondo, no niega el valor de los documentos y la erudición. Lo que ocurre es que para elaborar la historiografía argentina, que no puede ser sino la historiografía política, según dijimos, a él le bastaba el conocimiento de la tradición viva, conocida en el seno de su hogar patricio, o de los testimonios de los actores de los acontecimientos o de su propia conciencia en cuanto había participado él en muchos de ellos. En *Debate histórico* escribe: nadie estima y respeta más que nosotros la erudición verdadera; pero hacemos diferencia entre la erudición del literato y la exhibición inútil de la erudición del pedagogo; y creemos que una vez bien informado, el escritor ante todo debe ser artista y compositor, y manejar los colores de su paleta de manera que su obra reproduzca el drama del pasado por la adaptación y la oportunidad de su estilo, dejando la documentación como se deja bajo tierra los cimientos de todos los movimientos"¹⁸. Por cierto, donde no existe tradición viva o los hechos están muy alejados en el tiempo, ha de apoyarse la reconstrucción historiográfica en los documentos. Cuando la tradición está viva y próxima, los documentos vienen a confirmar aquella. A nuestro historiador le parecía que, tratándose de acontecimientos que estaban en la memoria y en la imaginación de todos los argentinos, estaba demás empe-

ñarse en realizar prolijas búsquedas documentales en detalles y aspectos menores.

Fiaba Vicente F. López en las ventajas de la intuición y la buena tradición. Las consideraba superiores a los archivos. Estimaba la primera como capacidad natural de adelantarse al conocimiento de las relaciones entre los hechos históricos, que ulteriormente se verificaban sea por el testimonio de los actores de los sucesos, por los testigos de los mismos o bien por la documentación. En *Debate histórico* la compara al perro de caza que husmea y levanta las martinetas en el pajonal de los documentos. La intuición no estorba la crítica historiográfica, la intervención de las normas con que se aprecia no sólo la conexión de los hechos, sino su fondo político, moral o jurídico.

Tarea del historiador es la reconstrucción o reviviscencia del pasado digno de historiarse. En ella interviene la imaginación y sensibilidad del investigador. Es labor recreativa y artística. Consiste en "el arte de agrupar los hechos, de envolverlos por medio de estilo, reproduciendo el movimiento que tuvieron, y de reanimar por medio de la fantasía el espectáculo mismo del tiempo, cuyos sucesos se escribe... Su acción, la fisonomía de los personajes, sus pasiones e intereses, los propósitos, las iniquidades o virtudes de cada actor, expuesto de modo que los lectores vean, como en un esplendoroso panorama, todo lo que pasó por los ojos y las generaciones muertas"¹⁹. Naturalmente la reconstrucción o reviviscencia historiográfica, tiene que ir realizada por el estilo literario del escritor, los rasgos o exigencias que Vicente F. López apunta en su teoría historiográfica, reflejan en sus personajes condiciones psicológicas y humanas.

III. Filosofía de la historia

I. El historicismo romántico.

Las noticias biobibliográficas al comienzo de esta diser-

tación, han demostrado que Vicente F. López ha sido fuertemente influenciado por el historicismo romántico. En su *Autobiografía* aparecen reconocidos influjos de Cousin, Lerminier, Jouffroy, Quinet, Lamennais, Leroux. En sus polémicas en Chile, a partir de 1842, aflora dicha formación historicista y romántica. Parece conveniente ofrecer trazas de dicha orientación de la filosofía de la historia.

Hacia 1825 el romanticismo literario y el historicismo romántico habían triunfado en Francia. Aquí solo interesa el segundo. Cultivó preferentemente la filosofía de la historia y la historia filosófica. Con la primera buscaban los principios y las causas del curso histórico de las naciones y la humanidad. Con la segunda, más popular, se ofrecía en grandes cuadros la resurrección y reviviscencia de los hechos históricos. Ambas tendencias han influido en Vicente F. López. Su teoría historiográfica es buena muestra de ello. En materia filosófica el autor menciona los nombres de Cousin, Quinet, Lerminier, Lamennais y Leroux.

Víctor Cousin (1792-1867) pertenece al espiritualismo ecléctico y en filosofía política se sitúa en el liberalismo de derecha. En el exilio durante el gobierno napoleónico, trató a Hegel, cuya filosofía de la historia intentó asimilar. El filósofo alemán dijo de él: "Ha pescado algunos peces en mis dominios, pero los ha ahogado en su salsa". Escribió en 1828 una *Introducción a la historia de la filosofía*, de la cual se realizó una parcial versión castellana en 1834, en Buenos Aires y que hemos reeditado en Mendoza, en el Instituto de Filosofía Argentina y Americana. Después de la revolución de 1830 en Francia, Cousin comienza a apartarse de Hegel. Para éste la historia es el desarrollo progresivo del espíritu universal a través del espíritu particular de los pueblos. El desarrollo se realiza a través de oposiciones, choques, pasiones e intereses de los pueblos y de los individuos, que no son conscientes del gran fin que ayudan a realizar: la autoconciencia y la total libertad de espíritu.

En el eclecticismo liberalista de Cousin rasgos distintivos son la espiritualidad del alma, la libertad moral y el deísmo teológico. Considera a Herder como precursor de Hegel y destaca su importancia por haber levantado, en sus *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, "el primer gran monumento a la idea del progreso perpetuo de la humanidad", aunque le reprocha no haber potenciado suficientemente la idea de libertad del hombre. El herderismo y el hegelianismo de Cousin se manifiesta en afirmaciones como ésta: "Los juicios de la historia son los juicios de Dios mismo". El historiador explicará, según el filósofo francés, el curso de la historia mediante los lugares, los pueblos y los grandes hombres. Cada pueblo desarrolla una idea, incompleta y particular para el filósofo, pero no para el pueblo y la época que la traduce. La marcha de la historia va de Oriente a Occidente. Cada uno de los momentos del desarrollo del espíritu universal se relaciona con la naturaleza, hasta el punto de decir Cousin que conociendo la naturaleza de un país se puede llegar a conocer su historia.

Vicente Fidel López ha recibido de Víctor Cousin algunas ideas importantes: 1) la inteligibilidad de la historia depende del conocimiento de la naturaleza humana, y ésta a su vez de la influencia de las condiciones geográficas en la vida de los pueblos; 2) la afirmación simultánea del providencialismo histórico y la libertad del hombre; 3) perfectibilidad de la humanidad; 4) primacía de las ideas en el origen de los cambios y de las revoluciones sociales; 5) la solidaridad de los distintos aspectos de la cultura: arte, religión, filosofía, estado de la industria; 6) carácter sagrado de la historia de las naciones. Estas ideas se encuentran en las obras de López, desde la publicación de la *Memoria...* (1845), hasta el *Debate histórico* (1882), aunque aplicadas de modo personal, puesto que la teoría agonista de la historia política se desarrolla en esas obras como lucha de partidos y exaltación de los grandes hombres, con buenos retratos de las figuras argentinas.

Edgardo Quinet (1803-1876) está en la línea de la democracia liberal francesa de su tiempo. Tradujo la obra de Herder *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* a través de una traducción inglesa de 1824, con un estudio introductorio donde critica el determinismo teleológico del filósofo alemán y subraya la importancia de la libertad humana en el curso de la historia. Herder, que anuncia algunas tesis de Hegel, sostiene la existencia de un principio espiritual divino, que anima el movimiento de la historia. Dicho principio mueve también a la naturaleza y asciende a la materia inerte de la vida, desde ésta a la conciencia y desde la conciencia a la humanidad. El fin de la historia es la *Educación de la humanidad*, nombre de otro de sus libros. El espíritu universal de la humanidad se realiza a través del espíritu de los pueblos. La tendencia fatalista hace difícil la conciliación de la necesidad con la libertad humana. Quinet, siguiendo la tradición francesa del siglo XVII, rechaza ese determinismo. En su *Introducción* al libro de Herder, escribe que "la historia en su comienzo como en su fin es el espectáculo de la libertad, la protesta del género humano contra lo que lo condena... la liberación del espíritu, el reinado del alma".

En el historiador argentino, como en general en los hombres de la generación de 1837, influyen las ideas de Quinet. Aceptar el fatalismo herderiano significaba aceptar el gobierno de Rosas. Otras ideas de Herder, tales como la idea de espíritu del pueblo, la teleología histórica, el sentido ético y deontológico de la historia, llegan a nuestros hombres a través de la versión de Quinet.

Jean Louis Lerminier (1803-1857), autor de *Cartas filosóficas* (1883), se ha compenetrado, como Cousin y Quinet, de la vida alemana en sus viajes. Estudió derecho con Savigny, el gran historiador alemán, y así como Cousin introdujo, después de la caída de Napoleón, la filosofía historicista en Francia y Quinet la filosofía de la historia, Lerminier llevó la filosofía del derecho y la historia general de las legislaciones comparadas,

que enseñó en la Universidad de París. Lerminier sostiene que la filosofía es legislación en acción y así como la historia de las legislaciones debe ser precedida por la historia del derecho, así esta última debe serlo de la filosofía del derecho. Influyó extraordinariamente en López, Alberdi y Sarmiento. Las tesis enteramente historicistas de Savigny, como la de la dependencia de las creaciones espirituales de los pueblos, son atenuadas por Lerminier. Defiende el derecho natural como conjunto de principios que emergen de la libertad humana y su necesaria expresión, ideas que también encontramos en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho* de Alberdi.

Completan las influencias del historicismo romántico de López las que allega Felicidad de Lamennais (1782-1854). Escribió con su hermano Juan una obra que llamaron *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión* (1817-1823). En ella atacan el deísmo de los ilustrados y sostienen que las creencias religiosas se fundan en la tradición. La filosofía debe comenzar por un acto de fe en las verdades primitivas, transmitidas por la tradición por un acto de fe mediante el lenguaje o el consentimiento de todos.

En el rastreo de fuentes en Vicente Fidel López no se puede olvidar a Pedro Leroux (1798-1897). Influye en todos los hombres de la generación argentina de 1837. A la vez que filósofo, economista, funda el diario "Le Globe", leído por Echeverría durante sus años de residencia en París (1825-1830). Actúa primero junto a Saint Simon y Enfantin, para después separarse y elaborar su propia filosofía política: el humanitarismo. En 1840 publica su obra *De L'humanité*, en la que defiende a la familia, la propiedad y la patria, pero quitándole el carácter de autoritario y despótico que Leroux advertía en su tiempo.

Por cierto, el historicismo romántico y la filosofía de la historia de Vicente Fidel López no se puede reducir a las influencias. Ocurre aquí lo que señalamos con respecto a su teoría de la historiografía y el influjo de los grandes historiadores

franceses. Por lo mismo que se trata de realidades espirituales, no se las puede reducir a sus elementos. Si los historiadores y filósofos franceses se propusieron comprender el presente y el porvenir de Francia mediante el conocimiento del pasado, a López lo guía el propósito de comprender la marcha de la historia universal y, dentro de ella, de la historia argentina. En sus *Memoria...* realiza parte de tal propósito. En sus obras historiográficas, con temas argentinos, en *Debate histórico* y en su juvenil *Discurso sobre filosofía de nuestra historia, y sobre los deberes que ella impone a nuestra juventud*, lo completa acabadamente. Si en último término, el propósito de López es esclarecer la universalidad de la historia argentina desde el punto de vista filosófico, es incomprensión reducir su historia de la filosofía a los elementos que entran en su síntesis creadora. Pero bueno es tenerlos presentes en la lectura de sus obras, que de esta manera se torna crítica y comprensiva a la vez. La roca firme del pensamiento en estos casos es la captación de la síntesis original. A los malos comprendedores de ella, malos expositores de su doctrina.

2. Filosofía de la historia argentina

La filosofía de la historia universal estudia, según dice Vicente Fidel López en su *Memoria...*, el sentido de la historia desde la antigüedad oriental hasta la aparición del Cristianismo. No alcanza a los tiempos modernos. Las ideas del autor acerca de la historia moderna y su interpretación filosófica de la historia argentina, las encontramos en su *Discurso sobre la filosofía de nuestra historia y sobre los deberes que ella impone a nuestra juventud*. Este texto, que se halla en el Archivo de la Nación (documento 52-61) no lleva fecha, pero tanto por su contenido como por sus rasgos de estilo, se lo puede situar en los años juveniles de López, muy posiblemente pertenece a sus

lecciones en la cátedra de filosofía de Diego Alcorta. En éstas páginas encontramos las ideas troncales de su filosofía de la historia, aplicadas al desarrollo histórico de la Argentina. El providencialismo y la ley del progreso orientan este discurso filosófico. La providencia es el primer motor de la historia e interviene en esta su sabiduría providente. Las naciones son creaciones sagradas y divinas y por eso únicas. La ley del progreso es inmanente al movimiento de la historia y es expresión del instinto de perfectibilidad y del libre arbitrio del hombre.

En el siglo XV, la providencia quiso que nos conquistara España y todas las situaciones de la historia argentina aparecen ligadas a este primer hecho. España estaba por entonces a la cabeza de las naciones europeas, tanto por la organización de su estado como por sus leyes, arte, religión, industria, filosofía. Para López dicho siglo significa la culminación de la Edad Media y la expresión más alta es España. A contar de entonces, la civilización humana, siguiendo la ley del progreso continuo, comenzó a abrirse a otros horizontes y búsquedas en todas las actividades humanas. La marcha fue emprendida por varios pueblos, llevando a su cabeza al genio, entre luchas y resistencias. España se opuso a este avance y luchó durante siglos en los campos de batalla de Alemania, los Países Bajos, Francia e Italia para defender su civilización. En combates navales luchó contra Inglaterra y sus nuevos sistemas de industria y comercio. El historiador argentino se pregunta ¿qué se hicieron de esas viejas legiones que habían introducido su brazo en todos los grandes sucesos de estos siglos y que habían jugado con los destinos de Europa? Su papel y su influencia en la marcha general de las cosas había terminado. Sólo quedaba encerrarse en sí misma con sus colonias, hasta que en 1810 el espíritu nuevo hizo estallar la revolución política que las había de independizar.

Los hombres de Mayo, "nuestros padres" como les llama López, seguramente en el triple sentido filial, espiritual e histórico, comprendieron que la América Latina tenía un por-

venir, su propio papel en el drama de la civilización moderna. He aquí la necesidad imperiosa y filosófica del movimiento de la independencia. El advenimiento de la nueva nación era providencial, sagrado, fruto de la ley del progreso, inmanente a la historia universal. Dos tareas había que realizar en los días precursores de la nacionalidad. Primero entregar el gobierno de la América a la América misma, y lo otro, civilizar el país, civilizándose todos. Porque hasta los mismos hombres que iniciaron la revolución necesitaban unidad en las ideas y en las tendencias, sin las que ningún pueblo puede gobernarse a sí mismo.

De las dos tareas aludidas, los hombres de Mayo cumplieron la primera. Lo hicieron "con la espada, con la pluma y la palabra", pero fracasaron en la segunda porque no tenían experiencia política y carecían de unidad en las ideas y tendencias. Realizaron la primera heroicamente en los campos de batalla y han legado la segunda a las generaciones sucesoras. Piensa López que su generación es la heredera de esta misión histórica. Tal el papel que se sintió llamada a realizar la generación de Vicente F. López y de la "Joven Argentina", La misión de los héroes estaba terminada, faltaba cumplir la misión de los legisladores.

¿Cuál es el contenido y los medios de la generación de 1837? Responde López con el pensamiento y el lenguaje de los hombres de la Asociación de la Joven Generación Argentina. En su *Discurso* exhorta a los jóvenes de su tiempo: "...Formados en el estudio nuestro deber es recoger y después sembrar en nuestras llanuras la civilización. Estudiar y enseñar. Civilizarnos y civilizar, nada más. El estudio y la paciencia, la tolerancia y el amor, la dignidad y la virtud, he aquí nuestros medios... Nuestra ley, como la de todo el mundo es progresar... pues es uno el espíritu filosófico que nos dirige, firmemos todos un tratado de paz y de alianza general, un vínculo de resistencia contra todos los errores, para poder así acercarnos sin sufrir tanta desgracia a nuestro bello porvenir. Seamos

infatigables para el trabajo, como lo deben ser los misioneros de una civilización fuerte y joven”.

Vicente Fidel López no ha sido un historicista absoluto. No lo ha sido porque su idea del hombre, su antropología filosófica, concibe la naturaleza humana con un fondo común e idéntico, hecho de razón, libre arbitrio e instinto de perfectibilidad. Su dualismo en la concepción del hombre es de raíz ecléctica espiritualista. No es racionalista y abstracta, como en los hombres de la Ilustración o de la ideología. La vida humana está ligada a las particularidades históricas y geográficas. Estas influyen en la vida humana, en la psicología de las gentes, en sus costumbres, hábitos y modos de vida. Estas influencias son morfogenéticas y actúan dentro del espíritu humano. Tradición y paisaje exterior configuran el paisaje interior y espiritual de los hombres. No se trata de relaciones mecánicas o finales, pues siempre queda a salvo el libre arbitrio y la capacidad de iniciativa del hombre, su eficacia para transformar las circunstancias del entorno de tiempo y lugar.

La universalidad de la historia argentina, su significación dentro de la cultura de la humanidad, hay que buscarla por el lado de la historia política. Según queda sentado, a juicio de Vicente Fidel López, la historia argentina es fundamentalmente historia política. Es la historia de un pueblo que sale del regazo de España para adquirir vida política independiente e ingresar de ese modo en la historia política universal. Aunque hemos entrado en posición zaguera o secundaria en la historia de las naciones modernas, lo hacemos con todos los atributos de la vida y el derecho político. Los otros aspectos de la civilización, los aportes a las artes, las ciencias, las industrias, la técnica, la filosofía y la teología quedan libradas a la acción de la historia y la Providencia. Aunque de momento el arca no contenga las joyas mayores, hay que confiar en el porvenir. De lo que no cabe ninguna duda es de la existencia política de la Argentina como nación independiente y pueblo libre.

La incorporación histórica de la nación argentina en el

concierto universal, se produce a cierta altura del curso histórico de la humanidad. Esa altura está dada por los comienzos del siglo XIX. El pueblo argentino se inserta en el movimiento de la humanidad no en el período oriental, ni en la antigüedad clásica, ni en la Edad media, ni en el Renacimiento. Sale del regazo español en los tiempos modernos, para comenzar su propia navegación en la historia universal, con todos los riesgos y ventajas que ello supone. La Revolución de Mayo significa un hito, un punto de partida, una ruptura, la entrada a la universalidad concreta de la historia con los atributos de nación independiente. Como otros hombres de su generación, como Alberdi particularmente, trae López a nuestra filosofía de la historia el sentido universal de la historia argentina.

El fundamento de la universalidad de la historia argentina se encuentra en el providencialismo de Vicente Fidel López. Como en Herder, como en Cousin y en Quinet, como en Thierry y en Michelet las naciones son creaciones de Dios, son realidades espirituales, presencias que obedecen a designios divinos. La historia universal tiene su ley o axioma interno: el progreso. Progresar perpetuamente hacia la perfección. He aquí el luminoso principio de toda la historia. Todos los progresos son solidarios y continuos. Estado, arte, religión, filosofía e industrias avanzan ligados estrechamente, atados entre sí. Los grandes hombres, como guías de los pueblos convierten en ideas e ideales el sordo impulso instintivo de las naciones. El camino y la marcha de éstas son inéditos. De allí la originalidad, la universalidad y la novedad de la historia argentina.

NOTAS

1. "Pío de Cabezón era miembro de una familia de origen salteño por la madre y castellano por el padre, en la que todos, padres e hijos, eran tenidos en aquel tiempo por educacionistas distinguidos que habían venido del Alto Perú. La cabeza de esa familia era el padre o patriarca don José Cabezón español castellano, como he dicho, acreditadísimo de latinidad, que tenía en Buenos Aires en altas posiciones, algunos discípulos como el Dr. don Manuel Antonio Castro, el Dr. Gorriti, el Dr. Bautista Acha y otros que no recuerdo. El hijo mayor de don Mariano, era director de la escuela normal fundada por Rivadavia, y el hijo segundo, don Pío, tenía una escuela o colegio particular. El padre era profesor de latinidad en la Universidad. De las tres hijas mujeres que tenía, todas han sido educacionistas que han enseñado en Chile a las señoras de las más altas familias, las de Ascalde, Valdés, Calvo, Hrnora, Gramaza, Freyre, etc. La familia de los Pío Cabezón se marchó de Chile a raíz de que enfermo de tuberculosis don Pío y necesitaba un clima especial. En Chile los Cabezón casaron con gente de importancia."
2. LOPEZ, Vicente Fidel. *Autobiografía*. Buenos Aires, El Ateneo, 1929 p. 30.
3. ROHDE, Jorge Max. *Historia de las ideas estéticas en la literatura argentina*. Buenos Aires, 1929.
4. LASTARRIA, José Victorino. *Recuerdos literarios*. p.104.
5. PICIRILLI, Ricardo. *Los López, una dinastía intelectual*. Buenos Aires, EUDEBA, 1972.
6. HUALDE de PEREZ GILHOU, Margarita. "Vicente F. López, político e historiador", en: *Revista de Historia Americana y Argentina*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, nº 11-12, 1966-67.
7. ROJAS, Ricardo. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires, Losada, 1929 1948, t. II, Los proscriptos, p. 63.
8. LOPEZ, Vicente Fidel. *Debate histórico*. Buenos Aires, Ed. Librería La Facultad, 1916, Vol. II, p. 242.
9. *Ibidem*, p. 244.

10. *Ibidem*, pág. 31-32.

11. LOPEZ, Vicente Fidel. *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*. Buenos Aires, Nova, 1943. pp. 29-30.

12. *Ibidem*, pp. 31-32.

13. LOPEZ, Vicente Fidel. *Curso de Bellas Letras*. En: *Memoria...* Ed. cit., p. 2.

14. *Memoria...* Ed. citada, p. 30.

15. *Debate histórico* Ed citada, Vol XXII, p. 70.

16. *Ibidem*, t. II, p. 69.

17. *Ibidem*, t. I, pp. 241-242.

18. *Ibidem*. t. II, pp. 235-236.

19. *Ibidem*. Véase además tomo II, pp.82-83: "Creemos que los altos fines de la historia moderna deben desenvolverse y exhibirse con tendencias filosóficas".